

Archivos de la Universidad de Buenos Aires (Boletín Informativo de la Revista de la Universidad). Año II, septiembre de 1927, tomo II, pgs. 434-439

Inauguración del Museo Etnográfico

El 28 de septiembre próximo pasado se llevó a efecto la inauguración del Museo etnográfico de la Facultad de filosofía y letras, en su nuevo local de la calle Moreno 430, en el que se halla instalado desde 1924.

Concurrieron al acto el presidente de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear; el ministro de Instrucción pública, doctor Antonio Sagarna; el rector de la Universidad señor Ricardo Rojas; los ex rectores de la Universidad doctores Eufemio Uballes y José Arce, especialmente invitados por el decano de la Facultad de filosofía, doctor Coriolano Alberini.

Inauguró el acto el doctor Ricardo Rojas, con el siguiente discurso:

Cuando en 1921, siendo decano de la Facultad de filosofía, solicité de la Municipalidad un terreno para el edificio de aquella escuela, mencioné entre los fundamentos de mi solicitud, la existencia de este museo, entonces encajonado en los hipogeos de la calle Viamonte, y dije que si le dábamos local adecuado, podríamos librarlo con eficacia al estudio de los especialistas y al esparcimiento de los curiosos. Dilaciones que deploro han demorado hasta hoy el proyectado edificio, y aunque éste se halla como ayer en inminentes vísperas de comenzarse, debemos aplaudir la oportuna diligencia con que, al trasladarse de esta casa la Facultad de derecho, el decano doctor Alberini la obtuvo para el Museo, cuya nueva instalación redundará en beneficio de la educación pública y en prestigio de la ciudad. La solución ha resultado excelente, como estamos viéndolo; y yo lo celebro porque ella permite ver que no exagerábamos cuando encarecíamos la importancia de nuestro Museo etnográfico, que así deja de ser un tesoro misterioso, del cual antes hablábamos con cierta aprensión de no ser creídos.

El acto que hoy realizamos es de grande importancia para la cultura argentina, y yo me congratulo como rector de que el Excmo señor Presidente haya venido a honrarlo con su presencia. Agradezco también la colaboración que en este y otros actos nos prestan las autoridades municipales con clara idea del apoyo que se deben entre sí las reparticiones del Estado en el servicio social. La Universidad, por su parte, se regocija de ofrecer al país una institución de este género, igualmente útil para las investigaciones de la ciencia, para las documentaciones del arte y para las sugerencias del sentimiento americano.

La conquista europea, al sentar sus reales en nuestro continente, necesitó vilipendiar a los indios, a fin de justificar los horrores del fanatismo, de la codicia y de la fuerza. En vano fue que desde el primer instante de la colonización se levantara voces como la de fray Bartolomé de las Casas o fray Gregorio García, defendiendo a las razas autóctonas: las ciudades fueron destruidas, las tribus aherrojadas, los templos y los ídolos devorados por el fuego. La revolución de la independencia pretendió reanudar la tradición precolombina, cuando abolió la mita y el yanaconazgo, mientras Belgrano y San Martín esparcían proclamas en guaraní y en quichúa desde sus campamentos, o mientras López y Varela invocaban en sus cantos al Inca de los cultos solares. Para evocar aquel pasado de América, pintóse el sol en nuestros pendones, y junto a la simbólica Puerta de Tiahuanaco, de la que hay un calco en este museo, Castelli, en

nombre de la Junta de Mayo, proclamó la ciudadanía de los indios.

A pesar de esos gestos magníficos, los prejuicios coloniales siguieron gravitando en la sociedad, hasta que el americanismo se despertó nuevamente en la estética romántica de Echeverría y de Gutiérrez, pasando luego a la ciencia con el libro de López sobre las razas del Perú. Mientras aquí se realizaba esa resurrección preparando el terreno para la etnografía, la arqueología y la lingüística indígenas, una nueva ciencia europea volvíase curiosa a nuestros orígenes, vinculando su prehistoria con la prehistoria universal, y abriendo con el orientalismo las puertas del Asia enclaustrada, y, con el americanismo, las de nuestro continente enigmático.

En esa atmósfera de colaboración internacional y de simpatía local por las razas autóctonas, Mitre catalogó las lenguas americanas, Ameghino inició sus estudios antropológicos, Lafone los suyos etnográficos y una brillante pléyade de autodidactos como Lista, Moreno, Zeballos, Quiroga, Lynch y muchos otros, avanzó hacia ese mismo rumbo, abriendo picadas en la tierra virgen, hasta que Juan B. Ambrosetti empezó a crear esta colección arqueológica en nuestra Facultad de filosofía, de la cual era profesor. Así se inició este Museo, que el doctor Debenedetti dirige ahora tan devotamente como su noble predecesor en los días iniciales, que fueron de humildad y de esperanza.

He ahí, señores, un hecho que el rector de la Universidad necesita encarar en la presente ceremonia, y tal vez sea esta glosa la mayor justificación de mi palabra en este acto.

Una rama de la ciencia, de interés para la cultura integral y para la conciencia americana, formóse fuera de nuestra Universidad, cuando ésta sólo consistía en sus profesiones utilitarias; pero cuando la Universidad, renovada, acogió esos estudios, en su seno, hallaron abrigo en el aula vocaciones preciosas, capaces de darle al país instituciones como ésta, creadas por el desinterés de muchas vidas, hasta construir un patrimonio que casi nada costó al Estado, y un templo intelectual que honra a la cultura argentina. Cosas como éstas hay otras en la Universidad de Buenos Aires, pero mientras a la calle suele llegar de cuando en cuando el ruido efímero de las crisis pasionales, bueno es saber que en sus laboratorios, en sus institutos, en sus aulas, algunas almas ejemplares viven consagradas silenciosamente al cultivo de la verdad y de la patria, y ésta puede confiar en que sus nuevas generaciones no dejarán extinguirse en sus manos la luz de las antorchas que encendiera el generoso idealismo de los precursores.

Para concluir este discurso, deseo hacer la confidencia de lo que yo he pensado hace pocos días cuando recorrí las colecciones del Museo en estas salas que pronto visitaréis.

Al contemplar de nuevo la puerta de Tiahuanaco, los vasos de Nazca, la cruz de Palenke, los ídolos de Calchaquí, y observar ciertas analogías con las antigüedades del viejo mundo, he recordado el Timeo de Platón, cuando Critias refiere la tradición de la Atlántida, tal como se la contaron a Solón los sacerdotes de Sais, recogiendo noticias sobre culturas arcaicas y cataclismos geológicos. Después de decirle que los griegos eran unos niños, y que antes de la Atenas de entonces hubo una Grecia prehistórica, el sacerdote saita habría dicho a Solón: “Nuestros libros cuentan cómo la primera Atenas destruyó una poderosa armada que, partiendo del océano Atlántico, invadió insolentemente a Europa y Asia. Pues se podía navegar entonces aquel océano.

En efecto, hallábase en él una isla situada frente al estrecho que vosotros, en vuestro idioma, llamáis las columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Lybia y el Asia juntos; sus habitantes pasaban de ella a otras islas y de ésta a un continente que bordeaba aquel mar, digno de tal nombre. Lo que hay del otro lado del estrecho, es un verdadero mar, y lo que hay de este lado [el Mediterráneo] apenas parece un puerto de aquél. La tierra que más allá limita aquel océano, tiene todos los títulos para ser llamada un continente. En esa isla Atlántida, los reyes habían formado una maravillosa potencia que dominaba sobre la isla entera y sobre muchas otras islas, y aun sobre algunos puntos de aquel continente.”

Estas palabras se refieren sin duda a nuestra América. Escritas mil setecientos años antes de Colón, y como eco de una tradición remotísima conservada en los templos egipcios, llenan de asombro el alma y la iluminan para contemplar los restos de la arqueología americana. Yo me permito citarlas en presencia de M. Rivet, nuestro ilustre huésped, porque son palabras de Platón y porque nuestro sabio Ameghino, en su obra La antigüedad del hombre en el Plata, postuló la necesidad de ese continente desaparecido.

El dato de Platón fue conocido por otros autores clásicos, Séneca entre ellos, y por los padres de la Iglesia, y por los humanistas del Renacimiento; flotó como un girón de niebla marina en ciertas leyendas caballerescas de la Edad media, que acaso inspiraron los sueños de Colón, y ha reaparecido en la ciencia y el arte modernos. Con esa luz, se alumbran de pronto, como un nuevo descubrimiento de América, los restos preaztecas de Mitla, Copan, Uxmal, Palenke, Chichen-Itza, y los restos preincaicos de Ancón, Pachacamas, Chavin, Machu-Pichu, Tiahuanaco, Ollantaytambo, y restos arcaicos de Egipto, Etruria, Miscenas, Troya, Libia, Irlanda, Iberia, pues según el testimonio platónico, la Atlántida extendió su cultura sobre las costas de Europa y sobre un continente occidental que sin duda es el que hoy llamamos América. La tradición del diluvio, el culto del sol, los templos piramidales, el comunismo agrícola, la música pentatónica, las castas, las momias, los telares, la cerámica, los símbolos de la cruz y de la vibora, son comunes a ambos mundos; y así aquella unidad prehistórica entre América y Europa, rota por los cataclismos podría rehacerse por la filosofía, la ciencia y el arte en esa Eurindia con que he soñado alguna vez, como en una Atlántida ideal de nuestra venidera cultura.

Y ahora, señores, no olvidéis las palabras de Platón, el cicerone excelso, cuando recorráis las salas de este Museo lleno de evocaciones milenarias.

Acallados los aplausos del señor Rojas, usó de la palabra el doctor Sagarna, que fue igualmente muy aplaudido, y a continuación el doctor Alberini pronunció el siguiente discurso:

Ante todo, permítaseme presentar al señor presidente de la Nación y a los altos funcionarios que nos acompañan en este acto, el saludo de la Facultad de filosofía y letras. Nunca como ahora nuestro humilde Instituto ha contado con pruebas tan categóricas de consideración pública y oficial y me es singularmente grato recordar que, en repetidas ocasiones, tuve oportunidad de oírle al señor presidente palabras encomiásticas y conceptos bien precisos sobre la función de la cultura humanista y filosófica difundida por nuestra Facultad. Debemos confesar que durante muchos años no habíamos gozado de estos testimonios de simpatía de parte de las autoridades.

La inauguración de este museo constituye una excelente prueba de que no somos

del todo indignos de aquellos elogios, pues este acto evidencia la vitalidad de nuestra casa de estudios.

Habr  otros museos en América mejor instalados, como el de Nueva York, por ejemplo, pero no superiores por la riqueza y el valor de las colecciones. Por eso, justo es decirlo, para honor de la Facultad y de sus hombres, que obra tan valiosa y hazaña científica tan ingente, fue creada en medio de la mayor indiferencia pública y oficial, cuando no en una manifiesta angustia económica. Semejante obra es, pues, obra exclusiva de la Facultad, y todo un hermoso ejemplar del poder de la fe científica cultivada en silencio por hombres exentos de toda pasión que no fuera la del saber y la cátedra.  Tendr  que mencionar al doctor Juan B. Ambrosetti? Ha sido el primer director y principal impulsor de este Museo, fundado el 20 de abril de 1920 (sic) a propuesta del entonces consejero y luego decano doctor Norberto Piñero, y protegido por los decanos Matienzo y Rivarola, que lo fueron durante el rectorado del doctor Uballes.

Todos, profesores, estudiantes y hombres de estudio, conocedores de la vida de la Facultad en los últimos veinte años, podrían testificar la labor tenaz y la belleza del contagioso fervor arqueológico de Ambrosetti. Recuerdo que llegaba a la Facultad todos los días a las dos de la tarde. Antes de comenzar su trabajo, que duraba hasta las siete, sol a pasar por la secretaría o por la biblioteca, donde, café por medio, nos hablaba de sus recientes adquisiciones arqueológicas. Se divertía sobremanera con el humorismo que dedicábamos a sus momias y a sus cacharros quebrados. Luego iba a su despacho- lo llamaremos así por amor a la hipérbole- pues se trata de un rincón en el sótano de la Facultad.

Mediante algunas compras y donaciones, y sobre todo a las anuales expediciones arqueológicas que el doctor Ambrosetti realizaba en compa a de aficionados y muy especialmente de su colaborador el doctor Debenedetti, distinguid simo ex alumno de la Facultad, hoy prestigioso arqueólogo y director del Museo, éste se enriqueció sobremanera, tanto, que el estrecho y mef tico sótano resultaba insuficiente. Ello dio lugar a que Ambrosetti comenzara a sentirse dominado por una propensión a todas luces inquietante. Como el sótano era por demás exiguo, nuestro arqueólogo, con el objeto de obtener nuevos huecos -que él llamaba salas- resolvió socavar casi toda la base de la Facultad. Al poco tiempo las paredes maestras quedaron descubiertas a fuerza de quitar tierra. Pero, más tarde ocurrió algo no menos grave, que dio lugar a la protesta de filósofos y humanistas. Los calcos enormes, las armas primitivas, los ídolos y demás implementos del salvajismo inmemorial, comenzaron a invadir los corredores, los vestíbulos, las aulas de la Facultad y por fin llegaron hasta el mismo decanato. Se tuvo la impresión de que el museo era una enfermedad de la casa, algo así, según me dijo un eminente arqueólogo de mal humor, como una "proliferación maligna".

La Facultad, en suma, tendía a convertirse en un apéndice del museo. Entonces, más que nunca arreci  el buen humor de los amigos de Ambrosetti, pero tales bromas no eran sino una forma paradójica, de la simpatía inspirada por este sabio que se pasaba el día en su cueva clasificando restos arqueológicos y escribiendo su libro sobre la Pampa grande, la más celebrada de sus obras.

La bondad silenciosa y sonriente de Ambrosetti explotaba en carcajadas cuando, al terminar una recia polémica sobre las doctrinas antropogen ticas de Ameghino, tan admirado por él, le decíamos que, en definitiva, la tesis de Ameghino se reducía a

sostener que los argentinos éramos los primeros hombres del mundo! Y luego nos decía: “Vea, compañero, discutibles o no, estas teorías merecen respeto. Nada más admirable en este país que un hombre dedique toda su vida a la ciencia. Yo he hecho lo mismo, y estoy contento. El amor a la ciencia es de las pocas pasiones de que uno jamás se arrepiente.” Tal fue uno de los rasgos morales de Ambrosetti. Sin esa su fuerte pasión de verdad, quizás este museo no existiría. Empresas de esta índole sólo pueden ser hijas de un enorme entusiasmo lírico por la ciencia pura.

Ambrosetti era, además, un hombre tolerante y singularmente sociable dentro de la mayor sencillez: cualidades que bien se trasuntaban en sus ojos de mirada cautelosa y honradamente cordial. Permítaseme referir una anécdota un tanto personal. Había escrito muchas obras, algunas bastante voluminosas, entre otras una denominada Investigaciones arqueológicas sobre la Paya. En aquellos tiempos -van veinte años- era yo estudiante y además escribiente bibliotecario de la Facultad. Tenía a mi cargo la tarea de escribir nombres y domicilios para el envío de ese libro. Ocurrió que el sillón de mi escritorio estaba un tanto desfondado. Entonces, con objeto de proceder a una amplia reorganización de mi comodidad burocrática, resolví nivelar el hundido asiento colocando los dos más flamantes y corpulentos volúmenes de la incipiente arqueología americana. Pocos momentos después, durante una de mis breves ausencias, llegó el doctor Ambrosetti que, como de costumbre, venía a tomar café y echar su rato de palique conmigo. Al ver el informal destino conferido a los volúmenes de su Paya, interpeló a un ordenanza, el cual, naturalmente, me denunció. “Vea si vale pena trabajar tanto”, me dijo reconviniéndome amablemente. Un poco confundido, le manifesté que mi actitud no implicaba la tentativa de instaurar un nuevo sistema de crítica científica, no obstante los pujos de mi “nueva generación”. Agregué que se trataba de un simple y circunstancial fenómeno de adaptación oficinesca, y lo mismo habría hecho yo de tener a mano La crítica dela razón pura, entonces mi libro predilecto. Merecí el perdón. A los pocos días, cuando volvió Ambrosetti a tomar café conmigo, le presenté un ejemplar de la Paya lujosamente encuadernado, y el buen sabio amigo de los jóvenes me escribió una dedicatoria afectuosísima, que en estos días he releído con verdadera emoción.

Y heme aquí que ahora, después de tantos años, me cabe la profunda satisfacción de haber podido cumplir uno de mis más grandes propósitos al ocupar el decanato: sacar el museo de los sótanos de la Facultad y procurarle local adecuado para contribuir a que el público estime la obra de Ambrosetti. En esta forma, el Museo podrá sin mengua de su función docente y científica, estar al alcance del público de cualquier clase social.

Verdad es que las circunstancias nos han favorecido. Cuando a principios del año 1925 supe que la Facultad de derecho y ciencias sociales dejaría este local, hace pocos meses bastante derruido, para trasladarse a su nuevo edificio de la calle Las Heras, inmediatamente me dirigí por intermedio del doctor Arce, rector de la Universidad, al señor intendente doctor Noel para solicitar la locación de esta casa con objeto de instalar el museo. Tanto el doctor Arce, rector concreto por excelencia, como el doctor Noel, cuya fina cultura es sólo comparable a su buena voluntad, apoyaron decididamente el proyecto, atento al interés cultural de la gestión, pues se trataba de dotar a la ciudad de un nuevo museo. Al poco tiempo, este local, célebre por haber sido la sede de una gran Facultad, y por último también por su inquietante aspecto ruinoso -al parecer ya irremediable reliquia arqueológica- quedó transfigurado por obra de la

Dirección de arquitectura municipal.

Todo ello ha permitido a la Facultad tener un nuevo medio para mostrar al público nuestra labor, y también lo que puede el esfuerzo cultivado con un concepto serio y desinteresado de la ciencia y de la Universidad. Merced a esto, la Facultad podrá ejercer esta nueva forma de auténtica extensión universitaria y constituirse también en importante centro de estudios americanistas.

Estas instituciones entrañan además una intención filosófica, pues los museos etnográficos documentan el obscuro y constante esfuerzo espiritual de la humanidad primera. Evidencian que el progreso está en la esencia misma del espíritu humano. Las piezas aquí catalogadas son como las cenizas dejadas por la llama inmortal del espíritu ascendente, y prueban que el espíritu merece llamarse así en la medida en que supera sus formas caducas. Pero estos museos también ofrecen una lección de modestia, pues aun cuando se hallen formados con los objetos más rudimentarios, surge de ellos el convencimiento de que, como se ha dicho, los muertos “mandan”, máxime cuando obran en forma de vivos... La historia, al parecer ciencia de lo sucesivo, siempre entraña una manera de resultar bastante contemporánea. Los valores religiosos, éticos, estéticos y técnicos revelados en estos objetos toscos del museo, entran con algo y, a veces, con mucho en la composición de algunos valores actuales. Estos hombres primitivos no lo fueron respecto de sus antecesores, y en cuanto a nosotros, no cabe duda de que, algún día, por ventura lejano, también seremos declarados hombres primitivos. Toda nuestra obra, así sea la más modernista, se trocará en materia arqueológica y etnográfica.

Sin embargo, presumimos que no quedaremos del todo mal ante nuestra remota posteridad, y, en especial manera, frente a los futuros inauguradores de museos etnográficos. Dentro de muchos siglos, esta ceremonia, de la cual quedarán algunos vestigios, y quizá algunas fotografías, también será documento etnográfico; pero no es difícil que pueda servir para probar a nuestra lejana progenie, a la Argentina futura -entonces nación inmensa por la fuerza y por el espíritu- que en aquellos primitivos tiempos hubo un puñado de hombres líricos amantes de la ciencia pura, quienes, en medio de tanto prurito deportivo y electoral, de tanta y tan respetable gloria frumenticia, consiguieron dedicarse al culto activo de los valores supremos del espíritu.

Cerró el acto el director del museo, doctor Salvador Debenedetti, a quien la concurrencia tributó calurosos aplausos.

Señor presidente de la Nación, señor ministro de Justicia e Instrucción pública, señor rector, señor decano, señoras, señores:

La acción cultural que desarrolla la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires, se reafirma en este momento con este acto solemnizado por la presencia de los altos poderes públicos de la Nación. Ello importa un formal compromiso contraído que habrá que cumplir a costa de cualquier sacrificio.

El Museo etnográfico, ignorado por la mayoría de las gentes, abre hoy sus puertas a todos los que sienten algún amor por conocer los variados aspectos de la actividad del hombre del pasado, especialmente del hombre americano.

Institución joven, de poco más de veinte años, nacida para completar las exigencias de la enseñanza de la arqueología americana, ha llegado a este insospechado desenvolvimiento por la acción, aporte y empuje de todos: el doctor Norberto Piñero proyectó su fundación en 1904; el decano de entonces, doctor Miguel Cané y su consejo directivo, dictaron la ordenanza respectiva y el doctor Juan B. Ambrosetti, llamado para darle vida y forma le ofrendó su vida toda y sus entusiasmos íntegros.

La historia del Museo etnográfico es breve y simple. Por una extraña coincidencia vienen a vincularse en esta hora, que cierra lo que podríamos llamar un ciclo, dos valles famosos en la historia, dos valles de leyendas, en dos alejados continentes: el valle de los reyes en Egipto y el valle calchaquí, en la Argentina. La primera pieza catalogada al iniciarse la vida de este museo había sido traída desde la tierra calchaquí por el doctor Indalecio Gómez; era un disco de bronce, exhumado del sepulcro de uno de aquellos valientes guerreros que defendieron las quebradas y los valles nativos contra el avance de la nueva cultura que penetraba sin previo anuncio. La última pieza, ingresada ayer, traída desde el valle de los reyes por el doctor Tomás Le Bretón, es un fragmento de resina perfumada que el ilustre arqueólogo Carter extrajo del féretro de Tutankamón. Así, al través de los tiempos, de las distancias, de las sucesiones culturales renovadas, combinadas o desplazadas vienen a encontrarse aquí, en el misterio de este relicario, donde las cosas parecen muertas, productos materiales de pueblos que no se conocieron, que no se sospecharon y que al través de milenios de penumbra recobran su perdida vida bajo nuestro sol.

El Museo etnográfico abre sus puertas a todos, en edificio amplio, luminoso y lleno de tradición en la historia de la Universidad porteña. Se realiza así la esperanza que alentaba Ambrosetti, cuando sintió la crisis de local, la estrechez de ambiente, en las catacumbas sombrías de la calle Viamonte.

La Facultad de filosofía y letras incorpora desde ahora una institución más a la vida de la ciudad, institución que será, sin duda, de sosiego y de meditación, que moverá el espíritu de las gentes y lo llevará de época en época, de comarca en comarca, de cultura en cultura.

Aquí encontrará el investigador muchos interrogantes en la evolución de los pueblos, que habrá de resolver con metódica paciencia, muchos eslabones perdidos en la cadena de civilizaciones muertas o desplazadas que tendrá que encontrar entre los restos desgranados y diseminados por el tiempo en ignorados lugares.

De preferencia el estudio de la arqueología y etnología americanas han sido la finalidad de este Museo. Se continuará con las mismas disciplinas, con el mismo entusiasmo se irán juntando los materiales de las culturas extinguidas y con la misma esperanza de reconstruir el pasado de América, estableciendo sus sucesiones culturales y sus conexiones, seguirá en su labor este Museo etnográfico. Para ello, aspiración única del que está hablando y a quien se le ha confiado este patrimonio de valor incalculable, se hace necesaria la colaboración de todos. Ningún esfuerzo, ningún aporte, ni se perderá, ni se olvidará. Vengan, pues, en patriótica conjunción, alentada por el deseo del progreso de las ciencias, del amor a la verdad, del deseo de conocer mejor y penetrar en la esencia del pensamiento de nuestros antepasados nativos en la tierra de América, vengan los alientos de todos porque si la Universidad de Buenos Aires fue la primera que en América oficializó el estudio de la arqueología, el esfuerzo de todos debe crear y sostener el primer museo de aquella especialidad.

Terminados los aplausos al director del Museo, habló el profesor M. Paul Rivet, cuyos hermosos conceptos transcribimos:

*Señor presidente, señor ministro, señor rector, señor decano,
señoras, señores:*

Será para mí uno de los recuerdos más gratos, a la vez que uno de los honores más grandes de mi vida científica, haber sido invitado a usar de la palabra en este acto solemne, en calidad de representante de la Universidad, del Museo de historia natural y la Sociedad de los americanistas de París.

Hoy se realiza el sueño de uno de los más importantes etnólogos argentinos, el creador de este Museo, que la muerte arrancó en plena fuerza al afecto de todos sus conciudadanos, el señor Juan B. Ambrosetti. Pues, las colecciones que él reunió durante tanto tiempo con afán incansable, aumentadas con las colecciones reunidas por su eminente sucesor don Salvador Debenedetti, con la colaboración y la ayuda de un gran bienhechor de nuestra ciencia, el señor Benjamín Muñiz Barreto, reciben por fin el conveniente alojamiento estas joyas del pasado americano y tienen ahora un marco digno de ellas.

La sombra de Ambrosetti ha de venir de vez en cuando a vagar por estas hermosas salas donde se encuentran las riquezas paulatinamente acumuladas por su esfuerzo incansable; ella se alegrará que este esfuerzo sea continuado por su verdadero heredero intelectual, alumno preferido y amigo íntimo, Salvador Debenedetti.

El acto de hoy tiene para mí todavía otra significación. Una ley inexorable, contra la cual fuera inútil protestar, obliga a los débiles a desaparecer para dar campo a los fuertes. Así desapareció de estas comarcas el indio americano. Oleadas sucesivas y continuas de emigrantes del antiguo mundo, anhelantes de trabajo, fanáticos de progreso, han sumergido, absorbido, aniquilado los aborígenes que dominaban estas regiones. Españoles, italianos, alemanes, ingleses, franceses, han unido sus esfuerzos para edificar en la planicie platense una de estas ciudades tentaculares cantadas por Verhaeren. De la mezcla de la sangre de todas las razas vertidas en este enorme crisol, ha nacido, fuerte y activa, la raza argentina; de estos hombres venidos de todos los rincones del mundo, diferentes en sus aspiraciones, en su educación, en su lengua, una fuerza de cohesión invencible ha forjado la unidad argentina, y el forastero que llega por primera vez a estas playas admira aún más que su formidable desarrollo económico y cultural, este milagro sociológico, este sentimiento nacional profundo entre seres que, hace medio siglo, no tenían nada en común.

Era de temer que, en el orgullo legítimo de su desenvolvimiento prodigioso, estos colosos desarraigados olvidaran del todo a los que ocuparon estas tierras antes que ellos, pues, el vínculo étnico, que une en tantas otras partes de América el blanco al indio, aquí no existe. La ceremonia de hoy prueba que ustedes quieren establecer un vínculo de orden intelectual entre ambas razas. Aquí, el sabio, el curioso, el estudiante, encontrará celosamente conservados los vestigios preciosos, a veces artísticos, siempre interesantes de la vida de estos aborígenes que fueron los primeros dueños del Nuevo Mundo.

Sea permitido a un europeo que no puede olvidar lo que cuesta de lágrimas y de

sangre las espantosas luchas humanas depositar una rama de laureles en la tumba del indio argentino, soldado desconocido de una civilización vencida.

La concurrencia visitó en seguida las espléndidas instalaciones del museo, admirando los valiosos elementos etnológicos y felicitando a su director por la admirable organización que ha dado al importante instituto que dirige.